

Recibido 10/04/2009

Evaluado 05/07/2009

Aceptado 10/10/2009

Aletheia

Revista de desarrollo humano,
educativo y social
contemporáneo

<http://aletheia.cinde.org.co/>

ISSN: 2145-0366

EDITOR:

David Andrés Jiménez

Magíster en Desarrollo
Educativo y Social
djimenez@cinde.org.co

COMITÉ EDITORIAL:

Alejandro Acosta Ayerbe

Doctor en Educación de la
Universidad de Nova de la
Florida

Blanca Yaneth González

Magíster en Desarrollo
Educativo y Social

Diana González

Magíster en Educación y
Desarrollo Humano

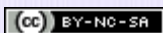
María Teresa Luna C.

Doctora en Ciencias Sociales,
Niñez y Juventud.

CORRECCIÓN DE ESTILO:

David Andrés Jiménez

La revista no se hace responsable de las opiniones, imágenes, textos y trabajos de los autores, quienes, al consentir su publicación se hacen responsables legales del contenido.



Aletheia es una revista de la
Fundación Centro Internacional
de Educación y Desarrollo
Humano

www.cinde.org.co

En convenio con:



UNA CONVERSACIÓN SOBRE LA EPISTEMOLOGÍA DE LA COMUNICACIÓN

Entrevista con Francisco Sierra

Cesar Augusto Delgado*

hermeneia18@yahoo.es

Cómo citar esta entrevista:

Delgado, C. (2009). [Entrevista con Francisco Sierra, Docente investigado de la Pontificia universidad Javeriana: Una conversación sobre la epistemología de la comunicación. Entrevista con Francisco Sierra. Revista Aletheia, Revista de desarrollo humano, educativo y social contemporáneo. [revista electrónica], Vol.1, Número 2. Disponible en: <http://aletheia.cinde.org.co/> [Consultado el día de mes de año].

Francisco Sierra

Licenciado en Filosofía y Letras, Doctor en Filosofía, estudios postdoctorales en Filosofía y Comunicación. Profesor Pontificia Universidad Javeriana. Posee una amplia serie de publicaciones sobre temas como Filosofía de la ciencia, Métodos en Filosofía, Epistemología de las Ciencias Sociales y Humanas, Filosofía de la comunicación, Filosofía política: Filosofía y violencia - Derechos Humanos, Filosofía Colombiana en el S. XX. Correo electrónico: fsierra@javeriana.edu.co.

*Licenciado en Educación Básica con Énfasis en Ciencias Sociales, Candidato a Magíster en Filosofía, Profesor Universidad Pedagógica Nacional, Profesor Fundación Universitaria Los Libertadores, correo electrónico:

César Augusto Delgado (C.A.D.):

Quiero agradecer al profesor Francisco Sierra por atendernos y darnos de su tiempo para esta entrevista, que va a tener como tema central el problema de la epistemología y su relación con la comunicación social. Así, la primera pregunta que nosotros queremos formularle es: ¿por qué es importante la epistemología en nuestros días para la fundamentación de una disciplina o de alguna ciencia?

Francisco Sierra (F.S.):

Buenas tardes, César. Muchas gracias por la invitación. Pues la importancia de la epistemología viene desde hace muchos siglos; diríamos que ya tiene carta de navegación. Considero que en una disciplina es importante hacerse por lo menos tres preguntas fundamentales. En el caso de la comunicación, hay que preguntarse, antes de realizar estas tres preguntas, por su contexto histórico particular y concreto, el cual debe ser levantado por esa disciplina. Es necesario aprender acerca de su historia, su génesis, sobre por qué se halla en el país, qué la ha posicionado para que sea, ahora, una de las disciplinas fundamentales de las ciencias humanas. Una vez ubicado ese contexto, hay que hacerse tres preguntas fundamentales: la primera es ¿qué hacemos cuando hacemos comunicación social?, ¿qué nos pasa cuando hacemos comunicación? Y esa pregunta hay que entenderla en términos muy fenomenológicos, si se quiere, para usar palabras técnicas, o como descripciones adecuadas de nuestras vivencias de la comunicación, en términos de sentido común.

Entonces, diría yo que hay que sacar a la luz narrativas sobre cuáles son nuestras prácticas, como la radio, la prensa, la televisión, pero también cuáles son nuestras prácticas de comunicación cotidiana en la familia, con los hijos, con los compañeros, con los amigos. La comunicación familiar, la comunicación cara a cara, los espacios en que vivimos esa comunicación en los cafés, las universidades, las calles, los andenes. Pero también sobre las formas como nosotros empleamos los medios de comunicación social y sobre los diferentes usos. Esa pregunta, de alguna manera, involucraría todo este tipo de respuestas, todas las narrativas que podamos recoger, las descripciones fenomenológicas que nos hablen de qué nos pasa, de qué hacemos cuando nos comunicamos.

Porque realmente algo nos pasa. No es lo mismo comunicarse en contexto de una clase, a comunicarnos como amigos, a comunicarnos a la una de la mañana después de unos buenos tragos donde todos somos amigos, y nos abrazamos para después reconstruir el país; no obstante, la semana cambia y las cosas son diferentes. En todo caso, esa pregunta es fundamental, porque ciertamente cuando nos comunicamos nos pasa algo, nos está pasando algo, estamos haciendo algo. Quizás eso suene un poco con un eco pragmático, pero creo que tienen toda su validez; si no recuperamos la experiencia de la comunicación nos montamos muy rápidamente en la altura, en

los conceptos por ellos mismos y, así, perdemos las bases dentro de las cuales nosotros debemos reflexionar. Entonces, primera pregunta: ¿qué hacemos cuando nos comunicamos?

Segunda pregunta: ¿por qué eso que hacemos es comunicación y no otra cosa? Ahí viene la pregunta propiamente epistemológica; y las epistemologías son importantes en todas las disciplinas siempre y cuando se hagan esa pregunta que supone la primera desde luego; la segunda pregunta es ¿por qué eso que hacemos es comunicación y no otra cosa, no es charlatanería, no es información?

Y en eso quisiera ser muy claro, porque información y comunicación, si bien se complementan, pero la problemática informativa no agota la comunicación. La información es un peldaño, es una dotación, si se quiere, incluso genética, cerebral. Pero la información es como una base, no es la totalidad de la comunicación. Entonces, hay que discutir muy a fondo por qué eso que hacemos es comunicación y no otra cosa. Por lo pronto, no es mera información. En segundo lugar, tampoco es divulgación, porque se ha confundido la comunicación con una especie de bocina, en el sentido de que cuanto más cubrimiento tenga, significa que hay más comunicación. Puede que muchos programas de televisión tengan un alto *rating* de sintonía, pero ve tú a preguntar más a fondo si lo que ha sido comunicado allí realmente se participa o no se participa, si ha habido un real fenómeno de comunicación o no, eso es otra cosa.

Ahí viene entonces la pregunta epistemológica: ¿por qué eso es comunicación y no otra cosa? Y ahí tenemos que plantear varios asuntos que podríamos tratar más adelante con otra pregunta, pero vamos a la tercera: ¿qué hacemos cuando nos comunicamos?, ¿qué, en realidad, estamos construyendo al comunicarnos? La transformamos o no la transformamos, hay una innovación semántica, como dice algún autor, en el proceso comunicativo o el proceso comunicativo es simplemente un proceso de toma y dame; entonces yo doy tanto, usted da tanto por cuanto. El proceso de comunicación es creado de una innovación semántica o el proceso de comunicación se agota en decirnos siempre las mismas cosas; lo que nos llevaría, entonces, en una comunicación plana absolutamente horizontal, donde todo el mundo ya sabe el juego de preguntas y respuestas, y ahí no se crea nada, no se transforma nada y lo que hacemos simplemente es ser aceleradores del *statu quo* y mantener, de alguna manera, un plano demasiado elemental de significación. Por ello hay que preguntarse: ¿por qué en realidad se constituye como comunicación? Fundamentalmente, la realidad que uno constituye con la práctica comunicativa es la realidad de la cultura, y dentro de ella nuestras propias realidades. Nadie se constituye a sí mismo monológicamente, encerrado en sí mismo, nos constituimos en una relación, en la que el otro me constituye a mí y yo constituyo al otro a través de la práctica comunicativa y simultáneamente la cultura nos constituye y nosotros constituimos la cultura. No es un asunto de qué es primero, si el huevo o la gallina. No, yo no puedo ser individuo sin la relación con el otro y el otro no puede ser el otro sin la relación conmigo.

Pero cuidado, porque esa relación no se funde en una amalgama indiferencial, en donde ese yo en el clímax del amor ya no tiene identidad. No, creo que cada quien debe mantener su identidad, pero esa identidad ha sido transformada a través de la relación con el otro o la otra, y viceversa. En la práctica comunicativa nosotros tenemos que transformar nuestras relaciones y transformarnos también en nuestra propia identidad y construir un espacio de sentido nuevo, mejor o peor, ya se verá, eso no interesa por ahora, pero que sea nuevo. Si la práctica comunicativa no tiene ese desafío de la innovación semántica, creo que estamos en la repetición de la repetidora, y estamos pues cavando la fosa de una civilización, porque ni nosotros crecemos ni a través de nuestro intercambio con los otros avanzamos y eso se repite millones de veces en toda la cultura. Creo que ese es el punto fundamental que quisiera defender con respecto a la pregunta ¿qué hacemos cuando nos comunicamos? Nada más y nada menos que nos estamos haciendo a nosotros mismos y, nada más y nada menos, estamos haciendo cultura o culturas; si perdemos eso de vista creo que no hay nada que decir sobre la relación que tiene la epistemología con cualquier disciplina.

C.A.D.: Me gustaría plantear una pregunta que puede ser mucho más arriesgada, y para ello recuerdo a Gadamer, porque me parece que la respuesta está pegada a un planteamiento de este autor. Me gustaría saber, para usted profesor, ¿cuál es la relación entre epistemología de la comunicación, lenguaje y comprensión?

F.S.: Yo creo que son distintas facetas de una misma realidad. La comunicación humana implica producción de significación. Quizás puede resultar redundante definir la comunicación como un compartir significación y digo que redundante porque la noción de significación en ella misma ya contiene el carácter público e intersubjetivo. Decir que la comunicación es comprensión mutua también resulta un tanto redundante, porque la noción de comprensión implica la inteligibilidad mutua, la posibilidad de que otro entienda lo que digo y la posibilidad de que yo comprenda también lo que yo digo para volver sobre eso y aclararlo a otro; implica la posibilidad que yo tengo de comprender una situación y la posibilidad de que otros puedan comprender más o menos lo mismo. Entonces, en la noción de comprensión ya encontramos una base intersubjetiva, pública, colectiva. Nadie hace un lenguaje para sí mismo ha dicho Wittgenstein.

Alguien me decía en una clase: “¡No! pero cuando yo era pequeño en el colegio cambié todas las palabras y las letras por un código”. Le dije: “¿Y dónde guardaste el código, debajo del colchón? ¡Ah, perfecto! Porque si alguien descubre ese código te saca todos los secretos a la luz; luego tú ya usabas una lengua antes, tú simplemente cambiaste otros vehículos y guardaste el secreto por el potencial intersubjetivo de que otro venga y te lo descubra, pero estamos en una realidad pública”. Nadie crea un lenguaje para sí solo, no hay un lenguaje absolutamente privado, es una lección que nos dejó Wittgenstein. En ese sentido, la experiencia comunicativa es una experiencia de comprensión intersubjetiva, y ahí es donde sale la palabra experiencia, que para Gadamer tiene todo un peso de tradición, de historia.

Nuestra lengua es una especie de hamaca que nos ha recibido desde el nacer, no la inventamos y poco a poco nos la fueron enseñando y se nos metió por ósmosis, es una hamaca que nos recibe. ¡Qué tal que nos tocara, además de la dificultad de aprender a caminar, tener que aprender a comunicarnos inventando signos para todos! Sería bastante problemático. Ese es un punto que interviene: abrir y sostener la tradición, la historia que está involucrada en la comunicación y en la comprensión misma. Ahora, el lenguaje no está afuera, el lenguaje está implícito en la comprensión, en el acto de la comprensión, como en su tradición. Hubo una teoría que consideraba que el lenguaje o las expresiones estaban en un allá afuera como un depósito de ferretería o como en la sección de papel regalo de un almacén donde uno producía la idea o qué se yo, no se sabe cómo, y, después, pasaba a la sección en donde uno compra el regalo y donde, según sea la persona, la oportunidad y la ocasión, uno va y escoge el papelito. ¡Como si eso fuera el lenguaje! ¡Como si las expresiones y los lenguajes fueran externos, distantes y distintos a las ideas, las vivencias y las experiencias que uno tiene! Eso es falso. Por fortuna, esa teoría resultó falsa.

Ya usamos un lenguaje y todo lo que pensemos de alguna manera está mediado o por el lenguaje icónico, o por el lenguaje gestual, o por el lenguaje articulado de palabras y proposiciones; y así uno esté pensando callado y no mueva los labios, a lo mejor está en un diálogo consigo mismo, en donde seguramente se está diciendo palabras a sí mismo (y ahora que voy a decir y no sé que responder), uno mentalmente está construyendo esas frases. Entonces, no es posible pensar la noción de comprensión sin el lenguaje y, mucho menos, la experiencia comunicativa sin lenguaje. En lo que quiero insistir es que el lenguaje no esa allá afuera. Yo primero pienso las cosas y después miro a ver cómo las digo; ahora, eso en parte es cierto, porque en la retórica, por ejemplo, hacemos un ejercicio muy especializado de saber cómo decir las cosas según sea la ocasión, la persona, la intención, la persuasión. Evidentemente, hay posibilidades de selección de decir las cosas. Pero no hay que llevar eso hasta el extremo para considerar que el lenguaje es un algo puro por allá afuera y que uno va y escoge como quiera. No, uno no puede llegar a comprender al otro si no usa expresiones previas.

El otro asunto es: el hecho de que el lenguaje sea público no indica que no haya una originalidad en el lenguaje. Nosotros hablamos castellano y ¿por qué no somos Premios Nobel de literatura? Otras personas que acompañaron a nuestro García Márquez y que fueron periodistas que más o menos tenían experiencias, ¿por qué no fueron creadores? Entonces, una cosa es que el lenguaje sea público, pero de ahí no sigue que todos vamos a hablar lo mismo. Hay algo inherente al acto de comprensión que desde Platón es inefable y es que no tiene una única expresión. En el momento en que tú captas un nuevo sentido, en el momento en que tú generas una nueva idea, no necesariamente tienes la expresión adecuada para decirla, y ahí es donde tú recreas el lenguaje, le haces violencias al lenguaje, aprietas las palabras y les haces decir lo que a nadie se le ocurriría que podías decir, allí está el genio de cada uno, de su preparación, de su dotación. Se pueden enseñar

algunas cosas, pero sólo con la práctica del lenguaje se va adquiriendo esa capacidad de innovación, de transformación de recreación de la lengua, de proposición de nuevas cosas. Entonces, en ese sentido creo que la comprensión, el lenguaje y la epistemología van muy de la mano.

Si pudiéramos usar alguna abstracción, la expresión no es mía es de otro autor, entre sentido y expresión hay una correlación de identidad y de no identidad. Lo que quiero decir es que no existe la expresión perfecta para todas las significaciones posibles; si existiera, no habría problemas de entendimiento, todo el mundo ya sabría qué se quiere decir cuando dice esto o aquello, no habría problemas de interpretación, no habría exégesis, no habría malentendidos, no habría rupturas matrimoniales, no habría disgustos. Se perderían el sentido, el periodismo y otras prácticas malévolas, porque para todo el mundo sería claro lo que se dijo. Si la relación entre significación y expresión fuese unívoca, completa, plena, adecuada, seguramente los de malas serían algunos que no conocieran ese código, ¿verdad?, los que no supieran la manera de decir las cosas perfectas. Y por el otro lado, si planteamos la tesis del otro extremo: que entre significación y expresión no hay ninguna relación, creo que sería imposible de defender, porque toda significación por lo menos agencia una posibilidad de expresividad, en el sentido de que hay un principio de expresividad, en tanto es inherente al sentido, todo lo que se significa se puede decir.

¿Cuál es el problema? Que hay un proceso entre significar y decir, porque hay un decir previo que hace posible el significar para que pueda haber un decir posterior; entonces, ese círculo es un proceso y es una lucha. En principio, teóricamente, todo lo que se significa se puede decir; algunos lo harán con una pintura, otros con una lanza, otros con un gesto, otros escribiendo un poema, otros simplemente usando las palabras diarias, otros de pronto rehúsan y dicen: “no tengo palabras para decirlo”, pero ya su gesto y esa frase valen por el significado que ellos quisieron encontrar. Luego, lo que hay es una dialéctica entre significación y expresión, porque no siempre las expresiones son adecuadas a lo que queremos decir, o nos quedan cortas o nos quedan largas, o el auditorio en el cual estamos no comparte, a través de las palabras que usamos, todo el repertorio de experiencias y de sentido que le queremos comunicar y viceversa, a veces la experiencia de significación que tenemos en la historia y en la vida parece que no tienen expresión, una situación de felicidad, o de tristeza, o de cambio, o de alegría absolutamente inusitada nos puede dejar sin palabras.

Así, la adecuación entre sentido y expresión es una dialéctica. Felizmente no hay un único codeo, felizmente el ideal del positivismo lógico del siglo XX no se cumplió, ponernos sólo un tiquete de expresiones, sólo un pasaporte para decir cosas científicas no fue posible. Por fortuna, Wittgenstein se inventó eso de los juegos del lenguaje, cada juego es distinto. No es que el lenguaje sea una cosa, eso es algo que tenemos que irnos quitando de la cabeza, el lenguaje no es una totalidad y los lenguajes después se parten como pedacitos. No, cada lenguaje es una pieza, cada lenguaje es un

juego y entre ellos hay parecidos, hay ciertas relaciones, pero no es que exista lenguaje y que se puedan jugar de distintas maneras, no, no es un metajuego. Eso tiene que quedar muy claro.

C.A.D.: ¿Cuál es el peligro que tendría una facultad de Comunicación de no hacerse preguntas sobre la epistemología de la comunicación?, ¿cuál sería el riesgo que tendríamos en un país como Colombia de no hacernos preguntas en las que se intente fundar la práctica o la experiencia comunicativa?

F.S.: El peligro es total, porque si a eso lo siguen llamando Universidad no hay nada que hacer (risas). Una universidad es el lugar del cuestionamiento, de la pregunta. Una universidad es para pensar, para discutir, para fundamentar las cosas a través de nuestras preguntas y respuestas, a través de un debate de razón. Si eso no se permite, se tiene la ingenua idea, la obtusa y absurda idea, de que una universidad es una fábrica de salchichas y que lo que interesa es que la gente entre por acá, pase unos semestres sin ningún cuestionamiento y sea entregada, en el sentido más inmediatista de la instrucción técnica, para producir determinados resultados que sean medibles y, por lo tanto, que esta persona sea útil en el mercado. Eso es reducir la universidad a una fábrica de salchichas y creo que debemos defender, tanto los académicos como los no académicos, la idea de que para eso no es una universidad. Si están planteadas las cosas en esos términos, donde una universidad restrinja la posibilidad de las preguntas, esta institución se ha convertido en un instrumento de totalitarismo. Una universidad que impida la crítica, que es el único lugar que le queda a esta sociedad para pensar y para discutir, ella misma está cavando la fosa de su institución. Aparentemente triunfará porque allí será muy fácil, simplemente es asunto de que tú entres, pagues, repitas, reproduzcas y salgás; mucha gente estará interesada en eso, en volver los cartones un asunto puramente profesionalizante y eso sí es desastroso.

C.A.D.: Quisiera revitalizar un tanto más la discusión porque cuando uno se enfrenta a ser profesor de filosofía y/o epistemología y debe dictar una cátedra sobre el asunto, tiene que valerse de teorías que indudablemente se correlacionan con la postmodernidad. Por ello, a mí me gustaría saber ¿hasta dónde estas teorías son suficientes para fundamentar una epistemología de la comunicación? ¿Se hace necesario echar mano de teorías como la hermenéutica, la fenomenología, el racionalismo crítico, la misma filosofía del lenguaje?

F.S.: Yo creo que es benéfico también en un programa de Comunicación social, poner en discusión distintas perspectivas y no casarse exclusivamente con alguna. Desde luego que cada profesor tiene sus convicciones y hay libertad de cátedra, él puede ejercer dentro de sus convicciones y de sus teorías y elaborar las suyas propias. Pero en cuanto a política de una universidad, lo más claro es que ella suministre a sus estudiantes una suficiente variedad, no digo que la agote toda porque eso es imposible, pero sí una variedad altamente representativa de distintos enfoques de una disciplina; eso creo que es sano, conveniente y, además, las nuevas

teorías o los nuevos modelos, las nuevas formas de plantear los problemas también deben tener su ocasión de presentarse en la universidad, de empezar a ventilarse y empezar a agarrar fuerza allí. De otra manera no se puede constituir, ahí hay un espacio de comunidad científica que le hará preguntas, le dirá si eso es pertinente o no lo es. Ese es el espacio que debe dar la academia para ese debate. Ahora, hay oposiciones, desde luego hay oposición y eso se da en todos los campos; Max Planck dijo alguna vez que sus teorías sólo iban a ser verdaderas cuando sus profesores abandonasen sus cátedras y se fuesen ya a su casa pensionados. ¿Qué quería decir él? Pues que evidentemente hay cosas que se hacen pasar como si fueran verdaderas, pero por un argumento de autoridad. Pero sólo cuando Planck asumió la dirección de ciertas cátedras, pudo ventilar otras ideas que evidentemente por el juego político de la construcción social de la ciencia no pudieron pasar a emerger con suficiente valor. Eso se da en cualquier disciplina, es decir, hay un debate de ideas y de razones, pero también hay estrategias políticas, hay disciplinas; sí, hay rectores, hay decanos, hay directores de departamentos, hay institutos de investigación que aceptan o no aceptan benévola los nuevos proyectos. Pero eso es normal, lo importante es que a eso se le dé estatura científica, una honestidad intelectual para que se pueda mantener ese debate.

Considero que, por ejemplo, los estudios culturales tienen dos grandes fortalezas: uno, el mostrar cómo nuestra realidad de finales del siglo XX y de comienzos del XXI es una realidad que empieza a exponernos la insuficiencia de la forma como en una universidad se mantienen los departamentos y las facultades de manera aislada. La bandera de los estudios culturales, una de las que tiene, es tratar de borrar fronteras entre disciplinas. Eso me parece sabio, hasta cierto punto desde luego, pero yo lo considero conveniente. Ayer tuvimos un ejercicio de investigación y escuché una tesis de estudios de comunicación sobre las prácticas religiosas, los programas de religiosidad que salen en la televisión en Brasil, de mi hermano que estuvo haciendo hacer un doctorado en Comunicación social; trae sus tesis acá y resulta que en una facultad de Comunicación le dicen que eso pertenece a Teología y en Teología le dicen que eso que él hizo pertenece a Comunicación social. No hay derecho a que esto pase. Es un estudio sintético que puedes verlo desde las dos perspectivas: es un estudio benéfico para la religión porque le está diciendo “ve la televisión de una manera más dinámica”; pero también es un estudio de comunicación porque está respaldado con casos, con estrategias y con teorías de la comunicación cómo hacer efectivas unas prácticas de este tipo de programas.

Pero tenemos que salirnos un poco de ese marco de que hasta aquí va la antropología y de aquí para allá ya eso es un problema de filósofos y que en el piso de abajo están los psicólogos y que entre menos te toques con ellos, mejor. Creo que tenemos que salirnos de eso; un campeón de esto es Immanuel Wallerstein en su texto famoso “Abrir las Ciencias Sociales”, y es porque vamos dejando esto como una figura del siglo XIX y del siglo XX.

Facultades, concebir las universidades en términos de facultades nos lleva a otro problema. Yo creo que los estudios culturales ayudan a que vayamos rompiendo esas fronteras y organicemos el saber de otra forma, incluso desde el punto de vista económico y, así, podemos articular carreras desde pregrado hasta postgrado sobre problemas interdisciplinarios. Los más jóvenes en los pregrados están empezando a entender los problemas, de hecho ya los han entendido siempre como sinérgicamente constituidos. Además, las teorías de la complejidad están enseñando también eso. Creo, entonces, que tenemos un desafío allí y creo que los estudios culturales, aunque tienen distintas modalidades, tienen ese presupuesto de romper fronteras. Yo estoy de acuerdo en gran medida con esa tesis.

En segundo lugar, estoy de acuerdo también con el método, sin que esto sea considerado la panacea absoluta, sino como otro de los modos de análisis sobre la realidad social, el trabajo sobre el acontecimiento, el trabajo sobre, podríamos decir, las intervenciones. Hoy día la práctica de las ciencias sociales no puede hacerse en términos de la gran investigación histórico-sistemática, en la cual se intenta abordar todo lo que ha habido en el mundo, por ejemplo, acerca de la mujer, eso es imposible. Los estudios culturales enseñan a irnos a un acontecimiento preciso, por ejemplo, la discriminación en el Metro en París para las mujeres orientales. Allí hay un punto nuclear, no nos interesa si son feministas o no son feministas, no nos interesa si hay una gran teoría hacia adelante que se pueda construir, tampoco nos interesa una gran historia anterior que hizo ese fenómeno posible. Lo que sí hay es una invitación a que analicemos esos acontecimientos, a que nos preguntemos por lo que este fenómeno está produciendo en la gente. Es un convite por hablar acerca de eso, no hay otra pretensión, no queremos hacer la gran teoría, queremos reflexionar sobre eso qué está aconteciendo, sobre lo que está causando gran malestar, es una pregunta por lo que está causando cantidades de problemas. Si lo analizamos, nos damos cuenta de que se está haciendo un énfasis interesante sobre eso, sobre el problema del mismo acontecimiento.

Los postmodernos saben muy bien que el acontecimiento es una cosa mucho más creativa y conductiva. Podríamos decir que en Colombia no hemos creado el acontecimiento de la paz, eso no ha sucedido y tenemos que producirlo entre nosotros. Lo que tendríamos que hacer es caminar hacia ese acontecimiento, no con la pretensión de que la paz nos vaya a durar eternamente, ¡no!, ni como la única salvación después de haber analizado las múltiples causas de nuestro desorden actual. ¡No! Hay que producir y vamos a ver de ahí qué sigue, vamos a ver cuáles son sus condiciones más inmediatas de producción. Cuando uno piensa en términos de dar la lógica del acontecimiento la investigación cambia, ahora eso tiene su repertorio epistemológico. Eso no es así no más, ahí hay que hacer estadística y hay que hacer interpretación, hay que hacer crítica del lenguaje y hay que hacer deconstrucción; pero es de otra manera, no es con miras a la gran investigación de una sola disciplina. Pero, por otro lado está el asunto que llaman intervención. El ejemplo que puse de las mujeres en París podría ser considerado como una intervención: el intelectual está llamado a intervenir. Podemos intervenir en la política o podemos intervenir en el

arte o podemos intervenir en la arquitectura o podemos intervenir en la cultura o la comunicación, una pequeña intervención; sin el gran énfasis de hacer la gran teoría, la gran hipótesis, yo veo esos dos puntos valiosos. Hay otros en los cuáles creo yo que lo presentado por los estudios culturales es un grito pavoroso frente a la imposibilidad de trabajar metódicamente y cooperativamente entre las distintas ciencias sociales. Por ello se convierte en una especie de bote salvavidas y de respiración de alguien que ya se estaba ahogando, que son las ciencias sociales, y que ven en los estudios culturales una posibilidad de trascender las fronteras que están establecidas. En esa medida, creo que si bien están proponiendo unas soluciones creativas, imaginativas, no necesariamente se está resolviendo el problema. ¿Nos estamos uniendo antropólogos, filósofos, lingüistas, sociólogos, psicólogos, comunicadores? No. ¿Estas disciplinas han articulado un método? Llevamos hablando de la dialéctica desde Heráclito hasta hoy y nos no hemos puesto de acuerdo desde el punto de vista del método dialéctico. ¿No se puede arrojar nada de claridad sobre ello, así sea procedimental?

Creo que sí es posible lograr algunos acuerdos que después sean revisados, pero lo que no es tolerable hoy, en el siglo XXI, son esos esfuerzos tan dispersos, en donde cada quien quiere ser el ombligo del mundo, el protagonista y el que se lleve la medalla. Falta cooperación para buscar nuevos métodos, faltan nuevas disposiciones entre los científicos sociales para poder trabajar en conjunto. Creo yo que este siglo está llamado a eso y, además, ponemos aducir otra idea y es que ya no resulta económico tener que hacer una disciplina de cuatro o cinco años para que en el máster solo tenga la posibilidad de ver de manera media la interdisciplinariedad y, después, en el doctorado te pidan profundización. Yo creo que no hay tiempo ni recursos, debemos trabajar cooperativamente sobre problemas muy urgentes y permitir la libertad de las personas que quieran seguir profundizando de otra manera. Yo no sería tan exigente en eso, se puede admitir que la gente siga trabajando su antropología pura o su lingüística pura, pero sí que haya compartimentos, carreras transversales, programas transversales de investigación que puedan ser asumidos desde el primer semestre por los estudiantes y que vayamos generando conocimiento más integral. Tampoco se trata de obligar a la filosofía a que sólo tenga que hablar de Marulanda para que sea efectiva, ¡no! Debemos respetar al que quiere seguir traduciendo textos fundamentalmente teóricos, porque le parece que las 35 traducciones que hay al castellano no sirven; también debe haber plata para su investigación. Pero creo que sí hay que crear algo nuevo, y esa novedad yo la vería por ese lado, en eso los estudios culturales son bien poderosos. El problema es que cuando uno habla con los que practican estudios culturales acerca de método tiemblan, porque creen que es el método de manera clásica. O cuando se habla de justificación epistemológica, entonces vuelven los problemas porque consideran que la epistemología todavía es una especie de oficina de peaje, de aduana de la filosofía y, entonces, se les va a pedir a ellos que muestren el pasaporte de que lo que dicen es correcto.

Mientras no se entienda eso como un asunto policivo y sí como una pregunta habrá más posibilidades. Creo que puede caber la pregunta: ¿qué estamos haciendo cuando hacemos estudios

culturales? Esto implicaría remover la historia de los estudios culturales en Estados Unidos, en fin, en lo que se hace en América Latina. Ahora, la pregunta epistemológica es válida. La pregunta, yo no estoy diciendo la teoría. Hago énfasis en preguntas como ¿por qué son estudios culturales y no otra cosa? Porque si ellos mismos se están definiendo como una disciplina, las disciplinas deben ser autocríticas y eso me parece excelente. Ahora, ellos mismos tienen estrategias, la estrategia del acontecimiento, la estrategia de la intervención, la estrategia de la errancia, mucho de lo cual es tomado de Foucault, es decir, no quieren comprometerse con nada. Hay que ver qué creatividad hay en eso, pero también hay que ver si eso implica una postura un tanto fresca y poco consistente en los ámbitos moral y político. El simplemente venir aquí y hacer el diagnóstico y me voy porque tengo otra reparación que hacer allí en la esquina. Entonces intervengo aquí y allá y yo intervengo en todo, pero a la hora de la verdad no soy nadie. ¿Y qué tal que las intervenciones queden mal? Entonces, ¿a quién le echamos la culpa o cómo hacemos el asunto?, ¿quién tiene la responsabilidad por eso? Creo, entonces, que en ese nivel hay cosas que deben preguntarse ellos todavía.

Veo muy pertinente que los estudios de comunicación social estén ligados a los estudios culturales. Veo un enfoque bastante válido porque la práctica comunicativa es asistemática, la práctica comunicativa es ocasión de innovación. En ese sentido, no puede agotarse y estos métodos le darían cierta inteligibilidad interesante.

C.A.D.: Para terminar, aunque es posible que la pregunta ya esté resuelta, según su criterio; ¿a qué estatuto llega la comunicación social: a disciplina o a ciencia?, ¿o no es necesario plantear esta distinción?

F.S.: Yo creo que la comunicación y la comunicación social tienen sustrato de la vida diaria y cotidiana, ese es su caldo de cultivo, ese es su punto de partida y ese es su punto de llegada. La comunicación social debe ser o debe estar inscrita en la vida misma y es ella misma comunicativa como toda la variedad. ¿Qué labor desempeñan las disciplinas o la ciencia?, ser sólo una mediación intelectual para comprender un fenómeno de la vida cotidiana, y, claro, deben regresar a la vida cotidiana, para validarse y revisar si todo lo que dicen es coherente o no. Cuando uno pone a todas las ciencias, incluso la física y demás, aquí eso puede sonar habermasiano, cuando uno mete todo eso dentro de los grandes intereses de la vida social, evidentemente sabe que esta dimensión intelectual de nuestra experiencia que es preguntar y preguntar y tratar de entender, comprende que el objetivo de dar respuestas es buscar una mediación. La pregunta no es un fin en sí mismo, es una mediación; incluso hay que filosofar para vivir, así muchos viven para filosofar, pero en cierta medida no podemos desprender la filosofía de la vida. Entonces, una forma de vivir es tratar de mediar esa vida con una práctica intelectual rigurosa y metodológica de la comunidad científica especializada, pero que a su vez tiene que rendir cuentas al mundo de la vida cotidiana y mostrar qué rendimiento tiene. ¿Para qué?, para que la vida cotidiana crezca en autonomía, para que la vida

cotidiana crezca en claridad, para que la vida cotidiana crezca en variedad, para que la vida cotidiana por principio defienda que ella no se deja encasquetar en las teorías sociales.

Ese es un principio de indeterminación que las ciencias sociales debemos asumir; la vida cotidiana es mucho más amplia que el cielo de nuestra filosofía, como decía Shakespeare. Tu vida es mucho más amplia que la filosofía que estas soñando, ¿verdad?

Revisemos: ciencia y disciplina. Uno, la palabra “disciplina” indica ante todo una práctica, un oficio, algo que se aprende con huida pero con regreso. Creo que en cierta medida la comunicación social tiene eso, es una disciplina. Lo que vas sabiendo lo vas sabiendo en virtud de la acumulación del aprendizaje, de la experiencia, del ensayo y del error. La ciencia, si es que esa palabra todavía tiene algún asunto fuerte que decimos, trataría de sistematizar mucho más con cierta universalidad, con cierta regularidad, con cierta repetitividad de los procesos, con cierta predictibilidad y, en ese sentido, está llamada a otro tipo de expresión, no necesariamente es más rigurosa ni más verdadera que una disciplina. Cuando se nos dice que tenemos que evaluar a los estudiantes, cómo distingue uno si este estudiante merece un cuatro con treinta y cinco y el otro cuatro con veintidós. No porque lo pongas en números estás haciendo más verdad. El problema de la verdad está allí metido, yo creo que son mecanismos diferentes; los fenómenos sociales se prestan más a este tipo de disciplinas de ejercicio, de discipulado, de kilometraje, brillar pantalón y romper tenis en el trabajo de campo, eso es lo que cuenta. Otros utilizan otros modos de expresión, pero yo creo que también a esta altura del partido tenemos que salirnos de pensar en que unos son, más o menos, objetivos que los otros y que estos porque son científicos son mejores que los otros. Las expresiones “ciencia dura” y “ciencia blanda” son absolutamente ideológicas. ¿Qué consideran duro: matemáticas, un laboratorio, una rata, un tigre?, ¿qué es lo duro ahí? Yo no veo qué es lo duro. Invirtiendo la imagen, yo diría que las disciplinas como las ciencia políticas, como la comunicación social, son duras. ¿O cuántos periodistas no han muerto? Ahí está uno metido, eso sí es una disciplina dura, en la que uno se juega el pellejo; pero en dónde uno cuando a las cinco de la tarde cuelga su bata y se va para la discoteca, no hay problema, sinceramente no hay problema. Entonces, ¿quiénes son los duros, por favor?, ¿qué es lo que estamos llamando disciplinas duras y disciplinas blandas? Hay que sacar esa ideología de acá. En las ciencias humanas nos estamos jugando la vida, porque lo que pensemos y digamos nos lo cobran en la esquina. Eso sí, América Latina tiene mártires a manos llenas que mostrar.

Entonces, yo no caería en eso de pagarle demasiada discusión a si es una ciencia o es una disciplina, si es dura o blanda. Yo creo que hay una mediación intelectual de la vida y de una comunicación en la vida; si las ciencias o las disciplinas ayudan a mejorar esa comunicación, fabuloso, y nos ayudan a ser más felices a través de la comunicación, estupendo. Pero si esas ciencias o esas disciplinas son alienantes o se vuelven de espalda contra la vida cotidiana, porque quieren ser científicos... Pero sí tenemos un compromiso social y una responsabilidad colectiva, hay

algo que decir. Quizás entre todos arreglemos el asunto, pues eso no lo va a arreglar un solo periodista. No son ni La W, ni La Mega las que van a transformar el país por ellas solas, ¡por favor! Creo que es un trabajo más cooperativo y no hay que verlo en términos de redenciones, es simplemente una mediación que le dice a la cultura. A lo que nos invitan entonces es a dialogar y, por ende, insisto, es un trabajo más de cooperación.

C.A.D.: Muchas gracias, profesor Francisco.

F.S.: Gracias a ustedes.